



¿ O t r a g u e r r a ?

Por el General MANZANEQUE

Con este título la Editorial "Ejército" ha recopilado una serie de artículos publicados en aquella Revista por el General Martínez Campos. En ellos, con su conocida competencia, abarca con toda su complejidad los problemas originados por la amenaza de guerra del mundo comunista.

Los problemas planteados y que hay que resolver, interdependientes o conexos todos ellos, son de orden: ideológico, geopolítico, económico, estratégico y orgánico.

En cada uno de ellos hay que examinar lo hecho, lo que se está haciendo y lo que falta por hacer.

El problema ideológico.

En este aspecto, el mundo occidental está en franca inferioridad respecto al mundo oriental; no por falta de razón. ¿Qué doctrina puede compararse con el Catolicismo?, sino por falta de inteligencia entre los diferentes pueblos que pueden sumarse para hacerle frente. Mientras el mundo oriental

está unido por el comunismo en su lucha contra la propiedad (concepto facilísimo de entender y arrastrar a las masas), en el mundo occidental el cristianismo está escindido por una multitud de sectas protestantes, apenas unidas por la masonería, con una lucha fratricida de cincuenta años, entre el luteranismo "made in England" y el luteranismo "made in Germany"; incapaces de comprender y seguir el llamamiento paternal del Pontífice Pío XII, en su Encíclica "Sempiternus Rex". Y en lo político, frente a la férrea disciplina impuesta por Stalin, vemos una multitud de Parlamentos, algunos que dejan gobernar y muchos que no dejan hacerlo.

Cristianizar China es tarea en la que no puede pensarse por la premura del momento, y haría falta, primero, poder imponer la libertad de los misioneros. Los pueblos árabes son los más reacios a la evangelización cristiana, por lo cual hay que prescindir de esta idea para colaborar con ellos; y, en fin, ha de utilizarse cuanto hay de aprovechable

en el espíritu del pueblo japonés, personificado en el Mikado y los samurais.

Ideológicamente, la batalla está perdida. No sería mucho lo que pudiera hacerse. Sólo hay un llamamiento que no se quiere oír.

Los problemas geopolíticos.

El problema predominante es el que plantea el intento del comunismo de dominar el mundo; conjugado en Occidente con el deseo de Rusia de llegar a mares libres de hielo, y en Oriente con el afán de expansión de China. Son propósitos claramente agresivos. Los Estados Unidos no tienen ninguna necesidad de expansión; si tuvieran la seguridad de que lo que ocurra en el Viejo Mundo no llegaría al Nuevo, serían unánimemente aislacionistas; pero comprenden que no ocurrirá así, y con acierto, consideran que hay que defenderse desde ahora y no dejar que aumenten las posibilidades de agresión, como sucedería si los rusos ocuparan toda Europa. Son propósitos exclusivamente defensivos.

Los problemas geopolíticos planteados en diversos lugares del globo tienen la misma causa: la codicia desenfrenada de las naciones, agravados ahora por la equivocación en la guerra pasada de ayudar a Rusia a destruir a las dos potencias militares que podrían hacerle frente. Y en esto radica la mayor dificultad. Como ha ocurrido siempre, las naciones que llegadas a la cumbre de su poderío se hallan en declive, se oponen y atajan la expansión de otras que se hallan en fase ascendente, sin comprender que si antes pudieron ser rivales, ahora son absolutamente imprescindibles como aliadas para hacer frente a la avalancha asiática. O se hallan en pugna con los nacionalismos de los países que ocupan, como les sucede en estos momentos con los pueblos árabes.

Los problemas principales son los que originan la necesidad de la restauración y rearme del Japón y Alemania; la necesidad de dar amplitud a la superpoblación de estas naciones e Italia, y la necesidad de revalorizar Africa, para proporcionar a Europa el espacio y potencia que necesita, y contrarrestar el que Siberia da a Rusia. Secundarios, pero álgidos en estos momentos, los antagonismos de Inglaterra y Francia con el mundo islámico, tan necesario también, por su situación geográfica y su población, para

la defensa del mundo civilizado, agravados y dificultados ahora con la creación del Estado libre de Libia. *¿Pero Egipto y Túnez van a aguantarse mediatizados, viendo libre a Libia?*

En Extremo Oriente: Es inexcusable contar con el Japón. *Con un Japón armado, que hubiera hecho frente a la irrupción norcoreana, respaldado por la Escuadra americana, y los Estados Unidos, con su fuerza terrestre libre para actuar en Indochina, no existiría problema militar en Asia, y entonces, seguramente, tampoco lo habría en Europa.* Pero aunque Mac Arthur lo vió claro, y lo inició, la amenaza rusa en Europa frenó aquel propósito. Y ahora que parecía que los Estados Unidos lo impulsaban nuevamente, se lee en la Prensa el disgusto de Inglaterra por las declaraciones del primer Ministro japonés, de inteligencia con el nacionalismo chino. ¿Y el hombre que ganó la guerra pasada va a seguir la política de apaciguamiento de los laboristas?

De la misma importancia y necesidad en Europa es el rearme alemán. Pero más difícil; en primer término, por la presencia de las Divisiones mecanizadas rusas en la Alemania oriental, y, en segundo término, por el incomprensible miedo de todas las naciones occidentales a la creación de un Ejército alemán, sin comprender que la potencia militar rusa neutralizaría de sobra su empuje. No se puede ser medrosos; cuando hay que correr riesgos, se corren, y hay que restituir a Alemania y Japón su plena soberanía para que lleguen al nivel de armamento que les corresponde en la medida de su potencia y el armamento de sus vecinos. Hay que ser valientes de una vez y afrontar los problemas, resolviéndolos pronto, para tener fuerza, para hacer frente a los propósitos agresivos del comunismo, demostrados en la O. N. U. ... y en Corea; haciendo ver que no hay apaciguamiento posible. *Evitar la irrupción de la horda asiática para salvar esta crisis y rearmar Alemania y Japón para evitar otra crisis futura tienen que ser los objetivos cardinales de la política del mundo civilizado.*

En definitiva, la política de los Estados Unidos tiene que seguir la misma línea que ha seguido Inglaterra desde Napoleón: Ayudar siempre a la segunda potencia militar del continente contra la primera, sin repa-

rar en antecedentes; en 1940 ayudó a Inglaterra y Rusia, porque creyeron que Alemania y Japón se iban a comer el mundo, y ahora tienen que estar dispuestos a ayudar al Japón y Alemania para que Rusia y China no se lo coman.

Además, hay que buscar espacio para dar libertad a la maniobra en el teatro de guerra europeo, y este espacio es necesario también para absorber el aumento de población de Alemania e Italia; la superpoblación italiana es angustiada y muy pronto lo será la alemana también. No es sólo Italia la que necesita pasar a la otra orilla del Mediterráneo algunos millones de familias, *sin perder su nacionalidad*. Es África, es Europa y es la raza blanca, la que necesita emigraciones de esa índole, si no quieren que se pierda aquel Continente, tan necesario para el mundo occidental. Es inadmisibles que se piense y se hable de la defensa de Occidente prescindiendo de los 30 millones de kilómetros cuadrados de África.

Para la defensa de Europa es imprescindible la revalorización del continente africano. África tiene que dar a Europa la fuerza que Siberia da a Rusia. Y esta tarea sólo pueden realizarla las naciones que tienen exceso de población y pueden invadir *civilmente* los territorios que se les asignen. Los puntos de fricción de Inglaterra y Francia en el mundo ya son bastantes: Indochina, Malaya, Persia, Egipto, Túnez, Marruecos, y ahora se va a crear otro, o agravarlos, con el naciente Estado de Libia. ¡Todavía Estados marionetas! ¿Pero un desierto puede ser un Estado? ¿Qué han hecho de su cabeza los esladistas ingleses y franceses? Pero si eso no les conviene ni a Francia ni a Inglaterra; les convendría a los que creen que pudiera haber petróleo, si lo hubiera. Y la política tiene que ser de interés mundial; tal como está el mundo es muy dudoso que pudiera admitirse el interés nacional; pero el de los financieros es absurdo, y podría ser catastrófico, *porque podría hundirse todo antes de que se encontrase el petróleo*. ¿No habría sido gran parte de solución a esos problemas consiguiendo la adhesión de Egipto a la organización de defensa del Oriente Medio, extender su soberanía a la Cirenaica y por el Sur hasta Port Sudán y la orilla izquierda del Nilo; llevando a Italia desde la Tripolitania a las sabanas de Bar el Ghazal y el Ubanqui-Chari, para dar tie-

rra a su excedente de población? ¿No les bastaría a los ingleses, para guardar sus intereses en el valle del Nilo y defender el canal de Suez, con mantenerse en las orillas derechas?

¿Y piensan que Alemania forme parte de la comunidad occidental, sin que tenga expansión en África? ¿No les sobran territorios a Inglaterra y Francia que no pueden poner en explotación? ¿No se dan cuenta que ellos solos no pueden dominar y civilizar África? Y si no acuden más naciones europeas se va a perder todo el Continente. *¿Pero el mundo se va a movilizar para detener la agresión rusa o para defender los Imperios coloniales de Inglaterra y Francia, que ellos no pueden cultivar ni defender?* ¿No es absurdo que sin tener fuerza para defender sus metrópolis estén pidiendo ayuda para defenderse en Indochina y Malaya? ¿Se habría unido Italia a Alemania, en la pasada guerra, si Túnez hubiera sido italiano y no la hubieran entorpecido su necesaria expansión en África?

Es imposible luchar contra el mundo entero para que prevalezcan ciertas conveniencias, contra los derechos de los países a la integridad de su soberanía. La inteligencia con ellos, aceptar la realidad, no es derrota, y sería sumar fuerzas contra la agresión. Estos problemas geopolíticos, que dificultan la inteligencia entre los componentes, son todos del mundo Occidental; del otro, los problemas de los pueblos que los soviets han ocupado en Europa son de menor cuantía. Aquí habría muchísimo y muy útil que hacer. Pero tampoco se quiere; no quieren ceder nada; no ven claro, quien se lo puede llevar todo. Y la ventaja está del otro lado.

El problema económico.

Ante la actitud belicista de Rusia, el empeño del mundo civilizado por evitar los horrores de una nueva guerra y asegurar la paz exige prepararse para defenderla con las armas, y dado el alcance y la trascendencia que tendría, los preparativos tienen que ser a grande escala, originando unos gastos cuantiosos a los que hay que hacer frente.

Lo poco que se ha hecho hasta ahora lo está costeando exclusivamente Norteamérica, obligada por la mala situación financiera de Inglaterra y Francia, las dos naciones

más ricas de Europa. Pero ocurre preguntar, ¿podrá costear todo el rearme necesario y el sostenimiento indefinido de las fuerzas preparadas para contener la agresión? Rusia, quizá con fundamento, cree que no, y esa es su esperanza, para conseguir dominar al mundo libre. He aquí el problema, que no ha de tardar en ponerse en primer plano. El General Martínez Campos ya lo plantea en su obra citada, "Otra guerra" (página 330), censurando la insuficiente participación europea.

América sigue aumentando su presupuesto de gastos, y anuncia el aumento de los impuestos y la reducción del nivel de vida de los americanos, con la alarma natural de los parlamentarios. Las Potencias occidentales han consumido los sucesivos préstamos en dólares, sin poder pagarlos, y siguen pidiendo dólares o materias primas. ¿Cómo resolver esta situación?

Será necesario que ayuden a costearlo las Haciendas de todos los países interesados en la defensa, y para conseguirlo habrá que fortalecer y sanear, *efectivamente*, las economías europeas, y esto exigirá que se frene la política de préstamos y se active la de compraventas. ¿Pero qué puede vender Europa a América, más rica que Europa en materias primas y organización industrial? Como no sean territorios, no se ve otra posibilidad. No había de estar acaparado el oro, y sólo habría de servir para compensar pequeños saldos comerciales; las grandes diferencias de saldos de las economías nacionales hay que pagarlas; en primer término, con materias primas; en segundo, con territorios, y aún habría que habilitar fórmulas para un tercer término: compensarlo, entre pueblos afines con masas humanas. ¿Por qué los cambios de territorios no se conciben, sino como final de una guerra, que muchas veces viene a ser el "robo a mano armada"?

En Europa falta espacio, y como consecuencia faltan alimentos: trigo y pastos, y sobra gente. Hay que buscar territorios donde asentar el exceso de población, *sin que pierdan su nacionalidad*, y hacer que produzcan trigo y crien ganado. Y cuando no se pueda hay que buscar naciones afines que estén poco pobladas, donde sobren tierras y falte gente para cultivarlas. Hay que movilizar territorios y movilizar masas,

y se equivocan completamente cuantos no miren el problema sin esa amplitud. En el momento actual hay una inmensidad de territorios—medio mundo—necesitado de la dirección o tutela del mundo civilizado y de sus masas de población, para poder explotar sus riquezas, mejorando las condiciones de vida de los nativos y contribuyendo al bienestar general: más mercados y más productos para el consumo; pero las naciones europeas han de ir como colaboradoras, no como rivales a fomentar las resistencias.

Inglaterra y Francia no tienen renta para pagar los préstamos que han recibido de Norteamérica, porque tienen inmensas propiedades que no producen, pues no tienen capacidad humana y económica para ponerlas en explotación. Vendiéndolas disminuirían sus deudas, con ventaja para su economía, y puestas en explotación por otras Potencias beneficiarían la economía mundial. Inglaterra y Francia no tienen otra solución que movilizar territorios, para sanear su economía y hacer posible que sus Haciendas puedan costear sus tropas.

Pero es que muchos de esos territorios constituyen, por su situación, bases militares que la Estrategia necesita para aumentar la fuerza militar. Las bases no son ya plazas fuertes, han de ser naciones amigas y territorios protegidos. Esos territorios son excéntricos y ajenos a las necesidades y posibilidades de los países que hoy los tutelan, y los Estados Unidos necesitan algunas de esas bases para ser fuertes en un teatro de la guerra que a ellos les interesa, porque son los únicos que pueden ir tan lejos, y porque dominada la actual situación constituyen la única base de partida para una futura agresión. Los americanos, fortalecida Europa, sólo pueden temer una agresión del Pacífico. Indochina puede ser frente terrestre de guerra de los Estados Unidos, y cerca de esa península hay grandes islas que hay que poner en explotación, y son ellos los más capacitados para realizarlo, obteniendo el mayor rendimiento de esos territorios. Las naciones que los posean deben saldar sus cuentas de crédito para sanear sus haciendas y fortalecer su situación en otros territorios; así quedarían libres las disponibilidades del crédito americano para otras empresas.

Africa está sin explotar. Inglaterra y

Francia detentan más de la mitad del continente, en colonias y protectorados dispersos, llenos de "enclaves" que dificultan la eficacia de sus escasas posibilidades de colonización, sin permitir la concurrencia de otras naciones que podrían activar su producción, absorbiendo los sobrantes de su población y sus posibilidades y necesidades económicas. Los "enclaves" restan gran valor a los territorios que los circundan, suprimiéndolos y reajustando su distribución, podría aumentar el valor estratégico y las posibilidades colonizadoras de los territorios sometidos a la influencia de Inglaterra y Francia; así quedarían tierras para absorber la capacidad colonizadora de las naciones que tienen exceso de población. Y Alemania, Italia y España necesitan tierras que estén ahora mal cultivadas para alimentar sin préstamos sus poblaciones. Las tropas que movilicen estas naciones no han de ser mercenarias, han de pagarlas sus Haciendas, pero esto no será posible, tampoco, sin fortalecer sus economías para que tengan capacidad.

La Commonwealth y la "Unión Francesa" no se han dado aún cuenta de que para hacer frente a su situación mundial no les basta con la ayuda de Norteamérica, tan pródigamente prestada, y necesitan la simpatía y colaboración de Alemania, Italia y España. Este extremo, que no habían supuesto, les va a costar mucho trabajo comprenderlo y aceptarlo; pero son 150 millones de habitantes que, según sea su signo positivo o negativo, representan una diferencia de 300 millones de criaturas a favor o en contra.

América se ha pronunciado contra la política colonial; pero esta idea, llevada con absolutismo, no deja de ser un tópico. La época colonial, o el plan colonial, ha terminado o tiene que terminar; pero ¿qué se entiende por colonial? ¿Un puñado de tropas que dominan un gran territorio y se llevan las riquezas que trabajan los nativos? ¿Lo que han hecho Inglaterra, Francia, Holanda y Bélgica en la India, en Africa, Indochina y el Congo? Eso no. Pero ¿se van a dejar esos territorios sin explotación por falta de capital y brazos? Eso, tampoco. Hay que llevar las dos cosas, donde los territorios lo permitan, para mejorar la vida de las poblaciones nativas, y allegar primeras materias para los países civilizados. Ahora, con los nacionalismos y la facilidad de ar-

marse, en los Protectorados hay que dominar las poblaciones indígenas con votos; pero los altos comisarios tienen que ser del mismo país. Y eso pueden hoy hacerlo Italia, Alemania y España. Sin la participación activa de Alemania, Italia y España, no se puede civilizar Africa. Y si no les gusta y lo impiden, se perderá un continente que tiene que ser la reserva de Europa.

Hay que conceptuar cómo ha sido la obra colonizadora en los distintos países y el fruto que ha dado. Hay que distinguir tres verbos: *explotar*, *colonizar* y *civilizar*. Los Estados Unidos, Canadá, Australia y El Cabo son magníficos exponentes de la obra civilizadora de un pueblo, que ha conseguido verlos a su alrededor en azares bien graves de su epopeya mundial. Y la causa no ha sido otra que las masas de población metropolitana que se instalaron allí definitivamente; como hicieron en América portugueses y españoles. Si no sucede lo mismo en la India y Egipto, es que allí no enviaron masas de población que se asentaran de hecho en aquellos territorios. Y cosa parecida le ocurre a Francia en Indochina, Marruecos y Túnez. Otra cosa sería si en Túnez hubiera millones de italianos en lugar de los 200.000 europeos que la colonización francesa ha podido aportar. Una genialidad de Bismarck, que sólo ha servido su propósito de envenenar las relaciones italo-francesas.

Todo nace ver que hay que organizar una Euráfrica si se quiere hacer frente con probabilidades de victoria a la Eurasia que encabezan los Soviets. (Este tema está tratado con más precisión en un artículo titulado "Euráfrica", publicado en la revista *Africa* en noviembre de 1948.)

En el aspecto económico, toda la ventaja está del lado de la organización económica del mundo comunista. Es imposible al mundo libre competir con el mundo esclavizado.

El problema estratégico.

La paz no estará asegurada mientras Rusia crea que del primer empujón puede llegar al Pacífico, al Atlántico y al Mediterráneo. Hasta ahora, a pesar de la aplastante superioridad de sus fuerzas terrestres y de la superioridad estratégica que le proporciona su amplitud de espacio para la manobra, está contenida, sin empezar una guerra de gran estilo—de pequeño estilo ya la

ha empezado en Corea—, gracias a la superioridad aérea y atómica de los Estados Unidos, y no es poco lo que tiene que agradecer el mundo civilizado al Arma Aérea; pero, por si este desequilibrio se nivelase, hay que equiparar también, hasta cierto grado, el que existe entre los ejércitos de Tierra, *porque esa arrancada inicial exige para detenerla un mínimo de fuerzas de Tierra que aún no están dispuestas.* Y esta es la obra cumbre de la preparación militar necesaria para defender la paz.

Hay que empezar dándose cuenta de que la distancia entre los teatros donde las fuerzas terrestres podrán ponerse en contacto son tan enormes, que sólo las fuerzas aéreas, y no con facilidad, podrán hacer pesar su potencia indistintamente en uno u otro. Así es que, estratégicamente, el problema que hay que resolver será más bien el de dos guerras paralelas aisladas, y no el de una guerra en que un beligerante opere por líneas interiores y el otro por líneas exteriores: pues lo mismo las líneas de comunicación terrestre del uno que las marítimas del otro son tan incapaces de servir una concentración eficaz, que hay que dar de lado todas las consideraciones estratégicas que se derivarían de una guerra de esa clase. Por eso, como el despliegue inicial será muy difícil rectificarlo, será poco todo cuanto se haga por repartir atinadamente las misiones y objetivos de todas las fuerzas y adecuar sus características a los fines señalados.

La superficie del territorio enemigo es inmensa: desde antes del meridiano 10° hasta más allá del meridiano 140°, y en Asia, desde el trópico de Cáncer hasta el Polo Norte, con una masa compacta de 400 millones de chinos, de menor preparación militar y política, y otra, menos compacta, de 200 millones de habitantes, pero con mucha mayor preparación militar, industrial y política; unidas ambas por la inmensidad siberiana. Los frentes de contacto serán el Pacífico y la Europa Central; cualquiera otro frente resultaría excéntrico y de objetivo limitado. Siendo las líneas de comunicación, tanto terrestres como marítimas, tan largas y con tan escasa capacidad de tráfico, es por lo que decíamos que había que considerar dos guerras paralelas.

La fuerza que se supone en armas a los rusos son "175 divisiones activas (de las

cuales, un tercio mecanizadas), con 25.000 carros y 19.000 aviones" (1), pero con contingentes humanos y recursos industriales para duplicarlas fácilmente y aun triplicarlas. No se dice en cuánto están evaluadas las fuerzas chinas. Para hacer frente a este problema militar hace falta una fuerte aviación estratégica, capaz de realizar una impresionante agresión atómica al enemigo; esto es lo único que está hecho, y por eso no hay guerra todavía. Una fuerza naval capaz de mantener el dominio del mar (aquí hay un exceso que resta recursos a las otras fuerzas militares) y el número necesario de unidades *ad hoc* para proteger los convoyes marítimos. En fin, más de un centenar de divisiones en Europa y casi otro tanto en el Extremo Oriente.

Las dos únicas bases de partida para operar en aquel teatro de operaciones son la península de Corea y la de Indochina. Y con esto resulta inútil decir la trascendencia que tiene el conservarlas. Y como allí no pueden acudir otros ejércitos que los del Japón y Norteamérica, resulta claro e inexcusable la repartición de misiones y de objetivos en aquel teatro de operaciones. Cualquier otra solución de ese problema militar, no hay frases corteses para condenarla. Los franceses parece que empiezan a confesar que no pueden atender a la defensa de Indochina, y Eden ha pedido ayuda para Malaya.

Pretender que se preparen operaciones de guerra en el frente asiático sin contar con toda la potencia militar terrestre de que es capaz el Japón, sería ilusorio y hasta estúpido, y claro está que no íbamos a seguir esa hipótesis. El Japón fué un enemigo en la guerra pasada y, sin embargo, tiene que ser un aliado en la futura; hacerlo así factible, y rápidamente, es la misión de los políticos y diplomáticos. Es indispensable un pacto yanqui-japonés, dejando a éstos las manos libres en cuanto a su potencia militar terrestre y aérea, sin tomar otra garantía que su renuncia a crear una fuerza naval.

En el frente europeo hay que reunir y armar rápidamente, por lo menos, un centenar de divisiones—oocientas, dice el General Martínez Campos en la página 332 de su citada obra—, de Alemania en primer

(1) General Martínez Campos: "¿Otra guerra?", pág. 315.

término, y luego de Francia, Inglaterra, el Benelux e Italia. *Y este es el punto capital de los preparativos de defensa, porque es esencial hacerse fuerte donde se esté y no ceder una pulgada de terreno, para evitar que la avalancha comunista destrozara cuanto ocupara y bolchevizara aquellos países; entonces podría ganarse la guerra, pero se perdería el mundo, pues ya se ha visto el crecimiento de las masas comunistas en los países que soportaron la guerra pasada. Y si estos países no tienen capacidad y contingentes bastantes para ello, o les falta "voluntad de vencer", habrá que acudir a buscarlas a la Península Ibérica y a los países árabes.*

Africa, ya hemos dicho que es el espacio que necesita Europa para equilibrar el que Siberia da a Rusia; y el mundo árabe, que corre desde Marruecos al Pakistán, a todo lo largo del Mediterráneo, el Mar Rojo y el Mar de Omán, puede proporcionar buenos contingentes de guerreros; pero resulta indispensable la buena inteligencia con ellos, originando otra participación de los políticos y diplomáticos en la preparación de la defensa. Todo esto lo hemos razonado en el artículo "El problema militar del comunismo", publicado en la revista *Africa*, en diciembre de 1949.

Para cubrir todas las necesidades tácticas faltan muchas divisiones, falta mucha caza y seguramente fallarán buques especialmente proyectados para la misión táctica que exige la defensa de los convoyes. Por contraposición, hay muchos más buques de línea: acorazados y portaviones, de los que son necesarios para hacer frente a los buques similares rusos, ¡ya embotellados! Y los mismos cruceros y destructores, en su forma clásica, tendrán que disminuir en número y dar lugar a otros tipos, especialmente proyectados, para atender con mayor eficacia a la defensa de convoyes; llegando a ser en el porvenir los buques más numerosos de la marina de guerra.

Lo único que está a punto y bien de medida es el arma aeroatómica americana.

Bien se ve todo lo que aquí falta por hacer, constituyendo la parte más urgente y más difícil de los preparativos y la pieza más frágil para hacer frente a la amenaza de guerra. *Advertiendo que la política de prevención y el rearme no se pueden dete-*

ner mientras Alemania no esté completamente liberada y en plena posesión de su soberanía, y lo mismo puede decirse respecto al Japón, para que ambos estuviesen arma al brazo si surgiera otra crisis; que entonces no surgiría.

Los problemas orgánicos.

Hay un recio problema de guerra estratégica y táctica, en la tierra y en el aire: el vencer a las fuerzas enemigas. En el mar no hay fuerzas enemigas que vencer; sólo hay que proteger el tráfico contra el ataque submarino. Las fuerzas tendrán que estar en proporción a las misiones que han de cumplir; y no lo están en ningún país. Y cada nación habría de tener aquellas que sirvan mejor para la defensa de su país, y tampoco es así.

Sería absurdo pretender que se repartiesen a prorrato los contingentes necesarios de las tres fuerzas militares entre las diversas naciones. La situación geográfica aconsejará diferencia entre ellos, para que respondan a dos fines: servir directamente para su defensa parcial y llevar hasta el límite la facilidad de llegar lo más pronto posible al campo de batalla.

Estas razones imponen: que los Estados Unidos dispongan de todas las armas atómicas, aviación estratégica y fuerza naval de combate precisa, que son las unidades principalmente necesarias para su defensa y que pueden llegar más rápidamente a la batalla; las fuerzas de defensa aérea que necesiten y las fuerzas terrestres que puedan mantener para reforzar un frente u ocupar un sector. Y que las demás naciones mantengan las fuerzas terrestres proporcionadas a sus contingentes, recursos económicos... y "voluntad de vencer", y las de defensa aérea necesarias para la defensa de su cielo y del sector que ocupen sus fuerzas de tierra. Toda otra cosa será pretencioso y perjudicial.

Pretender que los Estados Unidos (además de sus dólares, sus bombas atómicas, su aviación estratégica y su fuerza naval) envíen divisiones a Europa, constituye un desdoro y un descaro desconocido hasta ahora en el Viejo Mundo.

El General Martínez Campos titula "La Batalla Orgánica" uno de los capítulos de su obra citada; efectivamente, en todos los

países hay una batalla "fría" latente en los organismos militares y con motivo de la organización de las Fuerzas Aéreas inglesas, se hizo conocida la frase de "las siete batallas del Almirantazgo".

Repasando un anuario naval, la impresión que hace la Flota americana es que parece más una aviación embarcada que una marina de guerra. 9.000 aviones, aunque vayan en portaviones, es un poder aéreo con unos aeródromos costosísimos (cien portaviones) y no un poder naval. Siendo esa Aviación independiente de la que tiene aeródromos terrestres, resultaría el tercer poder aéreo del mundo; el segundo lo serían estos últimos, y el primero Rusia, que tiene reunida toda su Aviación. Si esas dos fuerzas aéreas americanas dejan de ser independientes y se reúnen bajo un Mando que tenga claro sentido de la guerra aérea *para que se sumen sus efectos*, entonces podría hacerse frente con probabilidades de éxito a la Aviación rusa. Pero si la independencia de la aviación naval y la falta de enemigo en el mar lleva a los Almirantes a llevar por su cuenta una guerra aérea, *dispersando los esfuerzos*, entonces las probabilidades de victoria serían rusas.

Hace falta una flota de combate, de composición clásica con portaviones, por si se presentara alguna situación táctica que resolver, y hacen falta cruceros de diferentes características, porque si no los hubiera surgirían en seguida los corsarios y los piratas. Pero todo en mucho menor número de lo que hay.

Con que los Estados Unidos tuvieran una fuerza naval con el número de unidades de línea y portaviones que tiene hoy Inglaterra, el problema táctico naval estaría victoriosamente conseguido. Si quieren aligerar sus presupuestos, que limiten sus buques de línea a dos acorazados por cada acorazado ruso o chino; todos los demás sobran; hay que desguazar todos los buques antiguos; que sólo sirven para absorber dólares, materias primas y hombres, que serían más útiles a las otras fuerzas militares. Destinar para la guerra en el Mediterráneo y en Europa el aparato militar que les dió la victoria en el Pacífico sobre las fuerzas aeronavales japonesas, es elegir el instrumento *más caro* que se pueda imaginar.

La "Home Fleet" ha terminado su misión

histórica: en primer lugar, porque no hay escuadra enemiga; en segundo lugar, porque en 1940 fué la RAF la que salvó a Inglaterra, y la Luftwaffe, la que permitió que los buques alemanes desfilaran por el Canal de la Mancha. En lo sucesivo, la RAF será la salvaguardia de las Islas y del Commonwealth. Si Inglaterra necesita acero, que desguace sus acorazados, que a los Estados Unidos les sobran buques para evitar que ninguna escuadra enemiga ataque las Islas, *y tienen muy suficiente interés en evitarlo*. En cambio, harán falta muchos cientos de buques de escolta. Si Inglaterra desarmara su flota de combate y vendiera algún lote de propiedades que no estén en buena explotación, subiría la libra y volvería a ser una gran potencia militar y económica.

Así como hay exceso de todos los barcos anteriores, faltarán, seguramente, barcos mercantes y barcos para escolta de convoyes; eso fué lo primero que necesitó Inglaterra en la guerra pasada, y lo único que se ve preparado son los portaviones de escolta; pero no se ven los cruceros antisubmarinos, ni se han extendido a todas las marinas las "fragatas", "destruidores de escolta" o "escoltadores oceánicos" (de todas estas maneras se llaman), de tonelaje y velocidades adecuadas a su misión. Haría falta aquel ilustre y heroico Villamil que planeó el "Destructor" y se extendió tan rápidamente en todas las marinas del mundo.

A los que hemos pasado muchos años deseando para nuestra Patria una Armada Aérea como instrumento militar preferente para sostener su posición internacional, la situación militar presente nos ha hecho ver que esa Arma habría de ser exclusivamente americana. Y esa renuncia al arma principal, tendrían que hacerla todos los Almirantazgos del mundo. Pero será muy difícil que lo comprendan.

Hay que modificar las organizaciones militares para que tengan la máxima eficacia en la próxima guerra. En las fuerzas militares prevalece mucho el espíritu de cuerpo, y es muy difícil variarle porque las armas clásicas, que son las más numerosas y las que tienen más influencia política, no quieren ceder posiciones a las armas nuevas, que ya fueron las más eficaces en la guerra pasada.

La guerra la tendrán que decidir las armas nuevas: Aviación y Carros. La primera, en ninguna nación está organizada para dar su mayor rendimiento; siempre son fórmulas de compromiso a lo que se llega; la segunda, aún no es arma: la Infantería, la Artillería y la Caballería—aún suena este nombre—se interponen, y los Mandos que proceden de ellas no pueden o no saben sustraerse al ambiente y dejan las cosas seguir así.

Un Boletín de Información repartido en nuestra Escuela Superior de Guerra (lo cual demuestra que reconocía su interés) traducía un artículo del General Bourget, publicado en la revista del Ejército francés, y citaba al final las palabras con que el General Estienne resumió, al retirarse, su visión del porvenir: "Dentro de algunos años el Ejército no comprenderá más que dos Armas, cuyo nombre, ya sea Artillería, Infantería o Ingenieros, importa poco. Habrá un Arma de ataque, integrada por unidades blindadas, compuestas de carros de tonelaje y armamento diversos—¿DRAGONES?—, la que, en enlace con aviación, obtendrá la victoria, y habrá el Arma de ocupación y de la defensa del territorio, provista de los medios de fuego y de los útiles convenientes, encargada de organizar las posiciones y de sostenerlas; pero no atacará."

En estas últimas no se ve clara la unificación, pero en las otras es necesario que sea así, para aumentar su eficiencia. A esas unidades hay que imbuirlas el sentido del movimiento y la velocidad, y aunque la oficialidad necesite conocimientos repartidos hasta ahora entre los oficiales de las armas clásicas, la celeridad de la misión no permitirá buscar al especialista, y tendrá que tener una preparación al estilo de la del Cuerpo General de la Armada. Se concibe mejor patrullas de infantería montadas que oficiales de caballería alternando en divisiones mecanizadas y escuadrones divisionarios. Está inventado ya, pero no se hace nada.

En tierra, las unidades de línea, de montaña y de caballería, tendrán que convertirse en unidades mecanizadas, de montaña y de defensa contra aviones; estos últimos, desde tipo de batallón para defensa de aeródromos y objetivos industriales de pequeña

superficie hasta brigadas para los grandes centros de población. Estas unidades, con una sola clase de oficialidad también, habrían de tener cañones y armas automáticas; no hay razón para que las unidades de infantería tengan cañones y estas unidades tuvieran mandos de dos Cuerpos diferentes. El General Martínez Campos (página 267) encarece la importancia de estas últimas unidades, y lo plantea así: "En fin, no cabe duda que la defensa aérea terrestre acabará por constituir una fuerza independiente del Aire, Mar y Tierra, y ésta es otra fase de la gran *batalla orgánica* entablada. El Presupuesto americano para el año 1951—y cito el caso como ejemplo—habla de una fuerza militar que asciende solamente a una docena de divisiones y a nada menos que 48 batallones antiaéreos."

Estas unidades, por la necesidad de actuar en conexión con la caza, parece natural que pertenecieran al Ejército del Aire (no siendo las que las otras fuerzas armadas tengan para sus propios fines), sin querer entrar con esto en una "batalla orgánica". Pero sea de una u otra forma, de todo cuanto hemos expuesto, si llegase la guerra, no se habrá hecho nada. Ahora que aquí no habrá inferioridad respecto al enemigo, porque seguramente allí sucede lo mismo. La rutina tiene mucha inercia en todas partes.

* * *

El justificado miedo de uno y otro bando a la catástrofe que sobrevendría de una conflagración ha hecho que ésta no se produzca; pero no empuja bastante a las potencias occidentales a deponer sus antagonismos para oponer a la voluntad de Stalin una masa tan disciplinada como la que hay tras el telón de acero. La hecatombe sería de tales dimensiones, que otra nota que destaca es la falta de prisa de los dos bandos de ganarse la mano y resolver pronto la pugna por las armas.

Mientras el peligro era la pequeña raza germánica, bastaron los preparativos que se oponían; por eso fueron vencidos. Ante la inmensidad asiática, las medidas que se adopten tienen que estar a escala; y se equivocan los estadistas que quieran encerrarse en los moldes de la política que condujeron

y resolvieron malamente las pasadas guerras mundiales.

Ante la magnitud del peligro, los dirigentes europeos no están a la altura de las circunstancias. Inglaterra y Francia no tienen la decisión que tuvieron frente al problema alemán; litubean, y las consecuencias pueden ser catastróficas. No están en plan de creadores: aumentar el potencial humano y económico y el espacio necesario para la maniobra. Están en plan de discutidores, pensando en sus soberanías, en que el que mande sea de su país, no en quien sepa más, y en guardar la esterilidad de sus territorios (!). Sólo saben lo que quieren Rusia y Estados Unidos; las potencias europeas atienden más a sus rivalidades que al peligro común; les vale que son todas tan necesarias, que Estados Unidos tienen que contemporizar, si no ya habrían prescindido de ellas.

En un discurso grabado por la "British Broadcasting Corporation", Eisenhower dijo: "Debemos tener una potente fuerza de cobertura, eficaz, de todas las armas, respaldada por reservas numerosas y bien instruidas, que puedan ser rápidamente movilizadas en cualquier caso de necesidad. Estas reservas son vitales, el verdadero espinaza de nuestro sistema de seguridad."

El General recalcó, sin embargo, que la campaña de seguridad no debe seguir adelante a expensas de minar las economías nacionales. "El sistema de seguridad colectiva ha de conseguirse solamente por medio de la enérgica cooperación con naciones robustas, confiadas en sí mismas, unidas todas en una sólida unidad por la común devoción a la libertad y a la paz."

Resumiendo, podrían deducirse las siguientes conclusiones:

Hay que restaurar al Japón y a Alemania en su categoría de grandes potencias, para que encabecen en uno y otro frente las fuerzas de defensa.

Hay que organizar Africa en profundidad para dar espacio a Europa.

Hay que movilizar territorios para sanear las haciendas de las naciones que participan en la defensa.

Hay que desguazar buques de línea para descargar los presupuestos de gastos innecesarios para la defensa.

Si no se hace así, el día que desaparezca la superioridad atómica no se podrá hacer frente a la situación; vendrá la hecatombe, y los seres que sobrevivan serían esclavos de Moscú.

